



LIBROS

Eduardo IGLESIAS, S. J.—*De Deo Creationis Finem Exsequente* (16 x 23,5), Editorial Buena Prensa, México, 310 pgs.

Antes de consignar nuestra apreciación sobre esta obra de alta especialización, querremos confesar sinceramente que no somos de aquellos “peritioribus et sapientioribus” a quienes el autor confía la crítica de su libro. Nuestro juicio no será, consecuentemente, plenamente categórico. Lo hemos sí leído todo y casi meditado.

La meritísima labor del P. Iglesias queda indicada con decir que su obra es de “alta especialización”. No es, pues, un libro de texto, sino una monografía profunda sobre los temas más difíciles de la Escolástica: la ciencia y providencia de Dios, predestinación y eficacia de la gracia. La multiplicación de obras como éstas, marcará un verdadero progreso en “la Filosofía Perenne”.

Fin de la obra: Proponer una solución distinta de la bañeziana y molinística, fundada en la exclusión del concurso inmediato, a los cuatro grandes problemas indicados arriba y exenta de las graves e insolubles —así el autor— dificultades de dichos sistemas. Esta monografía supone del principio al fin el tratado anterior del P. Iglesias sobre el concurso de Dios en la operación de las criaturas. Esta posición la expone el Padre como la genuina interpretación de la tradición escolástica antes de las fundamentales alteraciones de Escoto y el nominalismo, especialmente de Santo Tomás, cuya exégesis objetiva se hace constantemente. Por eso el libro además de los tratados indicados, contiene un concienzudo resumen histórico de estas ideas desde la época patristica hasta la aparición de los modernos sistemas, del Molinismo y Bañezianismo.

Solución-Iglesias: Solamente algunas ideas: Nos concretaremos a la cuestión particular de las relaciones de “los actos” de Dios con los futuros y futuribles contingentes. Dios tiene una ciencia —cuya denominación no interesa— con la cual conoce todos “los no-entes”, en donde se

incluyen futuribles y futuros, estos últimos no en cuanto futuros, antes de todo decreto de su voluntad. Los futuros contingentes no tienen inteligibilidad, y por lo tanto no pueden ser conocidos por ciencia alguna, en cuanto están en sus causas. Dios, pues, sólo los conoce en cuanto están fuera de sus causas, si bien antes de que sean hechos. Estamos en la suposición de la no existencia del concurso inmediato. Conociendo Dios todos los tales futuros antes de que existan, para llamarlos a la existencia no tendrá sino que poner a la voluntad en aquellas circunstancias en las que El ha previsto que pondrá los actos que su Voluntad divina quiere. Así se explica la infalibilidad de la ciencia de Dios y la omnipotencia o absoluta eficacia de su voluntad. Y esto, sin interferir ninguna violencia a la libertad, ya que Dios, no obrando nada inmediatamente en la voluntad, no hace sino colocarla en los adjuntos en que ha previsto que obrará de ésta y no de otra manera.

La predestinación, que se opone a la elección no a la reprobación, es un caso particular de la Providencia. Presupuesta la doctrina anterior sobre la ciencia divina, la voluntad divina escoge uno de los infinitos órdenes que aquélla le propone, en que se salvarán los predilectos —amados, no por el bien de ellos, que la predilección es causa de ese bien y no al contrario— los cuales son así elegidos y por ende predestinados. La predestinación es “post praevisa merita” sed *non ut futura*, y es “ante praevisa merita” ut *futura*.

La eficacia e infrustrabilidad de la providencia —la predestinación es parte de ella— proviene de la infalibilidad de la ciencia, de la eficacia de la voluntad y de la sabiduría de la disposición divina.

Eficacia de la gracia: Todo acto “saludable” proviene de la “voluntad elevada” como causa adecuada. Para que esa causa adecuada actúe no se necesita sino el apetito natural de cada una de las concausas y su objeto. Recuértese que no hay con-

curso inmediato. La contingencia o libertad del acto proviene toda de la voluntad, su infruistrabilidad de la eficacia de la gracia, ya eficaz "in actu primo", cuya eficacia "tota quanta" se refunde en la infalibilidad y eficacia de la causa primera de quien en absoluto depende final y eficientemente tanto ésta como la voluntad. De esta manera la posición del acto es solamente una señal, quoad nos, de la eficacia de la gracia. *La suficiencia de la gracia*: Dios la da, la gracia suficiente con verdadera suficiencia "in actu primo" para que se ponga el acto saludable; si bien prevista la no cooperación de la voluntad, la cual Dios ni pretende ni no pretende, sólo permite. Respecto, pues, de la causa primera no es "mere sufficiens" —esto es, no la da Dios "ut det merum posse"—aunque haya previsto que será "mere sufficiens". Y la voluntad la hace "pure sufficientem", negando su consentimiento. Fácilmente —supuesta la concepción de Iglesias y dentro de ella— se ve cómo su explicación no incurre en las gravísimas dificultades ni del sistema bañeziano ni del molinista, v. gr. la negación de la libertad, la no explicación de la voluntad salvífica, entre otras, contra el primero, y cierta pasividad de la causa primera y no explicación de la predilección divina por los predestinados, contra el segundo. Pues, en el primer caso, Dios no predetermina nada en la voluntad y no existe ningún acto positivo de la voluntad divina respecto del pecado y sí respecto de los medios divinamente abundantes de que disponen los réprobos. Y en el segundo, Dios no tiene que esperar o quasi-esperar ningún consentimiento de la voluntad, ya que tanto final como eficientemente toda determinación de ella cae bajo el dominio de Dios, antes de que aquella obre; y la predilección divina queda patente, como quiera que tanto el amor, la elección y la predestinación formalmente considerada son antes de la previsión de los méritos como futuros y ninguno de estos actos positivos de la voluntad de Dios se halla en los réprobos.

Crítica: Para un juicio exacto, naturalmente, remitimos el lector a la obra. Este resumen, necesariamente es imperfecto y susceptible a inexactitudes.

A nuestro humilde entender, el P. Iglesias expone y sintetiza con toda exactitud la tradición escolástica, y particularmente la genuina doctrina del Angélico, oscure-

cida por las polémicas y los prejuicios inevitables de sistema. No veo cómo se pueda negar que la mente de Santo Tomás esté fielmente expuesta. Esto me parece indudable al tratar de la ciencia, providencia y predestinación. En la doctrina de la gracia, en algunos puntos, es más bien una aplicación de los principios del Santo Doctor lo que el Padre nos ofrece. Aquí quizá quepa un poco más la discusión. En esta exégesis, exenta de prejuicios, me parece que está el mérito mayor del tratado, y ella constituye una verdadera aportación al progreso de la filosofía escolástica.

En cuanto a la solución misma del problema —aunque pueda parecer extraño— opinamos de modo diverso. Creemos que de Santo Tomás a esta parte se ha progresado. La solución de Santo Tomás —en la suposición de que es genuina la exégesis de Iglesias— se queda a medio camino. Actualmente no se puede hacer a un lado la doctrina del concurso inmediato. La transcendencia de la Causa Primera y la absoluta dependencia del ser contingente parecen exigirlo. Y no estamos de acuerdo con el P. Iglesias, cuando dice que los antiguos escolásticos *negaron* el concurso inmediato. Al menos de los testimonios aducidos sólo vemos que puede deducirse que *no trataron expresamente* de la cuestión, sobre todo con la amplitud de los grandes autores modernos y como se le trata en nuestras facultades. Si la admisión del concurso inmediato trae las dificultades tan graves, que el autor pone tan de relieve, no hay más remedio que aceptarlas y buscar su solución.

Los que lean atentamente esta obra no podrán menos de felicitar al P. Iglesias y de alentarle a nuevas investigaciones.— G. O.

Manuel OCAMPO, S. I.—"Historia de la Misión de La Tarahumara".—México, 1950 (23,5 x 16) 350 pgs.

El P. Ocampo, con un estilo clásico y lleno del frescor y la vida, propios del testigo presencial, personaje él mismo muchas veces de la narración, nos presenta esta Historia de la Misión de la Tarahumara, hace tanto tiempo esperada.

El título es más amplio de lo que a primera vista podría parecer. Pues el autor sólo se concreta a esta primera mitad del

siglo XX, y aun dentro de ese estrecho marco, reduciendo casi toda la última década a un ligero esbozo de unas cuantas páginas. Es verdad, no faltan vistas de conjunto y oportunas reflexiones sobre los trabajos de los jesuitas en la antigua misión.

Es un trabajo en que campea la más acuciosa exactitud histórica y la más llana e imparcial narración de los hechos. La narración va siempre apoyada por el documento despolvado de los archivos propios, eclesiásticos y aun civiles, la carta oficiosa o confidencial, la confidencia cálida del testigo ocular y hasta la desenfadada confesión del adversario. No impide la reposada seriedad del historiógrafo que el estilo arda a veces ante la ingratitud, el vicio y la injusticia criminal, y se enternezca al contacto de la orfandad y miseria de esa raza niña y abandonada.

Si quisiéramos notar algunas páginas más en particular, copiaríamos íntegros los capítulos XX, XXI y XXII, dedicados a lo que ha sido el más genuino triunfo de los misioneros jesuitas de aquellas inhóspitas regiones, a "los tohuizados", "tehuecados" y colonia de "Hisoguichi". Imposible leer esos ensayos sin contener las lágrimas.

Su obra es una contribución de mérito para la Misiología por la descripción de los usos, costumbres, lengua y medio de esa tribu salvaje y por el ensayo de todos los medios de evangelización y civilización aplicados por los misioneros y misioneras.

Es también una apología objetiva de la apostolicidad de nuestra Madre la Santa Iglesia y de su infatigable celo por incorporar al Cuerpo de Cristo aun los miembros aparentemente más abyectos. Y, por contraste, una refutación de la intromisión de zancadilla de las sectas protestantes, y de la obstaculización casi perpetua—excepción hecha del último lustro, en las presidencias de Avila Camacho y Alemán—de los gobiernos mejicanos que tienen el privilegio, como casi todos nuestros gobiernos hispanoamericanos, de obstaculizar la obra de la Iglesia y de no hacer nada positivo en favor del pueblo.

Complementos de la Historia son los Apéndices documentales e índice onomásticos y necrológicos que van al fin para corroborar algunos hechos más salientes.

Alguna que otra exactitud cronológica, por ejemplo en el caso de la muerte del

H. Palacios, o jurídica en el asunto de la jurisdicción de los misioneros relacionada con los límites parroquiales, se podrían fácilmente corregir en una edición posterior.

Felicitemos al P. Ocampo por este estimable trabajo de su investigación histórica.—G. O.

GERARD, S. J.—*Catecismo en ejemplos*, Tomo I, Pgs. 766, Edit. Buena Prensa, México (17 x 11).

El estilo característico del P. Gerard, aparece una vez más en este libro: "Catecismo en ejemplos", por la sencillez, amenidad y claridad con que expone los ejemplos y explicaciones sobre los Mandamientos de Dios y la Iglesia católica.

El libro, precisamente por eso, será de sumo interés, no sólo para personas cultas, sino aun para las que no lo son. El acierto del autor es aún mayor, cuanto que está completamente adaptado a la inteligencia e imaginación de los niños.

Felicitemos al autor por el acierto de este primer tomo, y esperamos que los dos restantes completen tan interesante cometido, cual es el poner nuestra doctrina al alcance de niños y adultos.—G. O.

Ibn TUFAYL.—*El Filósofo Autodidacto*.—Nueva traducción española por Angel GONZALE ZPALENCIA. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto "Miguel Asín". Escuela de Estudios Árabes de Madrid y Granada, Madrid, 1948 (14 x 21) 201 pgs.

La importancia de la Obra compensa lo retardado de la recensión. A la nueva traducción del llorado González Palencia precede una jugosa introducción, en que se dan las noticias suficientes sobre las traducciones anteriores, vida del autor y contenido e influencia de su obra (pgs. 13-30).

La primera traducción de la obra le dió el título con el que en lo sucesivo había de ser conocida: *El Filósofo Autodidacto*. El inglés Eduardo Pococke dió a la estampa en 1671 el texto árabe con la traducción latina a la que puso el título: *Philosophus autodidactus, sive Epistola Abi Jaafar ebn Tophail de Hai ebn Yokdhan, in qua ostenditur, quo modo ex*

Inferiorum contemplatione ad Superiorum notitia m Ratio humana ascendere possit. Pronto se hicieron dos traducciones al inglés, luego una al holandés y dos al alemán. Sólo en 1900 se tradujo al español, al mismo tiempo que León Gauthier reeditaba un nuevo manuscrito árabe y daba la traducción francesa.

Del autor Ibn Tufayl (antes lo conocíamos por *Aben Tofail*) se sabe que nació en Gaudix antes del año 1110, que estudió medicina y la ejerció en Granada, donde fue secretario del Gobernador, que fue asimismo secretario de Sid Abu Said, gobernador de Ceuta y de Tanger y llegó a ser médico y visir del sultán almohade Abú Yaqúd Yusuf: Se le ha tenido por discípulo de Avempace, pero él mismo dice en esta obra que no lo conoció personalmente: Sí hay una influencia difusa y de orientación de la obra de Avempace —*El Régimen del Solitario*— en la de Ibn Tufayl. Y sabemos que fue éste quien movió a Ibn Rusd a escribir sus comentarios sobre Aristóteles y que tuvo por sucesor suyo, en el cargo de médico del sultán, al famoso Aberroes, continuando él con el cargo de visir.

El título propio de la obra de Ibn Tufayl es: Epístola de Hayy ibn Yaqzan acerca de los secretos de la vía iluminativa. En ella hay que distinguir lo que constituye propiamente su argumento y su trama novelesca, muy apta para desarrollar el propósito del autor. Este es mostrar la fuerza de la razón humana que puede en la más absoluta soledad, sin más medios que los de su experiencia, elevar al hombre, no sólo a adquirir los secretos de la más alta filosofía, sino por medio de la ascesis a conseguir la más alta unión con Dios en su visión intuitiva, que es además la plenitud de la ciencia. Por eso su protagonista Hayy ibn Yakaan —*El Viviente* (por la Inteligencia) hijo del Vigilante— es la encarnación de la Filosofía.

La trama novelesca es sencilla: Hayy ibn Yaqzan crece y se desarrolla solo en una isla. Se duda si nació por generación espontánea o lo trajo el mar desde una playa donde lo había depositado una princesa. El primer cuidado de él lo tiene una gacela. Su desarrollo lo divide el autor por años climáticos, con períodos de siete. A los siete años se ha vestido de plumas y pieles de animales y construye armas para la lucha, va descubriendo la fisiología por medio de la disección de animales. Así va sucesivamente des-

arrollando su inteligencia y los medios de vida exterior y de vida interior conociendo los secretos del alma y de la más alta filosofía. En el comienzo del séptimo período conoce a Dios y llega su unión por intuición, pero no de modo estable. Trata de conseguir ese modo estable de unión por visión intuitiva (éxtasis) y lo logra por el desprendimiento de lo sensible. Las experiencias son de la más alta mística. Y ahí podemos decir que termina su desarrollo individual. Viene luego una como segunda parte: su unión con los otros hombres. Esta tiene lugar por el encuentro con el asceta Asal, llegado de una isla vecina en busca de retiro y contemplación. Los dos se influyen mutuamente. Asal le enseña a hablar, admirándose de que lo que él con tanto estudio y trabajo ha conseguido, Hayy lo haya conseguido por sus propias fuerzas naturales. Viene luego su propósito y su fracaso de hacer participar a los demás hombres de la altura de vida que ellos han conseguido. Van en misión y no logrando elevar la vida de los que viven demasiado entregados a sus pasiones y vida animal, se vuelven a su isla, después de haber dado a los mejor intencionados los consejos convenientes para su salvación.

Del valor de la obra se han hecho las mayores ponderaciones y es realmente interesante tanto para el filósofo, como para el psicólogo religioso. La idea general es falsa. Pero aun así tiene atisbos que se pueden llamar geniales. Cuando llega al punto culminante de declarar la visión intuitiva, dice cosas altas y bellas, pero lo principal, según él, es inabordable para el que no lo ha experimentado. Difícil dar un juicio valorativo de todo el conjunto. Sí diremos que para darlo, hay que tener en cuenta, que los árabes españoles estaban viviendo entre cristianos y monjes, que, aunque oprimidos, seguían practicando su religión y la contemplación en sus monasterios.

Mucho había preocupado a los críticos la relación entre la obra de Ibn Tufayl y otra evidentemente análoga en gran parte de ella: *El Criticón* del P. Baltasar Gracián. Hoy ya, después del estudio de Emilio García Gómez, no queda duda del origen común de ambas. Este origen es el *Cuento del Idolo y del Rey y su Hija*, que evidentemente conocieron ambos.

(Notamos una errata de imprenta en el prólogo: Dice que la primera traducción del libro de Ibn Tufayl es veinte

años *anterior* a la aparición del *Criticón*. Debe decir *posterior*, ya que el *Criticón* salió el año 1651 y la traducción latina del Filósofo Autodidacto el año 1671).

Otras relaciones se han señalado del libro que reseñamos con *El Régimen del Solitario de Abempace* y también influjos más o menos lejanos en el *Emilio* de Rousseau y en *Robinson Crusoe* de Defoe.

Basta el nombre de González Palencia, para asegurarnos de la fidelidad de la traducción, en la cual se aprovechó, además de sus grandes conocimientos como uno de los mejores arabistas del mundo, de las modernas interpretaciones de la terminología del *sufismo*.

Terminamos con la gran pena de que un accidente automovilístico nos hubiera privado de tantas otras obras como a las muchas que nos dejó se hubieran sumado en ese campo que para él era de tan maduras mieses.—S. E.

Julio José VERTIZ, S. J.—*Cuando el sol no se ponía. Cuando ya se puso el sol.*—Un folleto de 32 pgs., 22 x 17. Editorial Buena Prensa, S. A. Donceles 99-A, México, D. F. 1950.

Es un melodramita en dos cuadros y en verso, dedicado a los beneméritos Padres y Hermanos de la Compañía de Jesús, de la Misión de la Tarahumara.

Fué editado en la Editorial Jus, como un recuerdo y conmemoración de los cincuenta años de la entrada de los Jesuitas de la restablecida Compañía en esa difícil Misión, y para celebrar a la vez el acontecimiento de la nueva "Misión independiente" de la Tarahumara.

Son unas poesías en que se pinta el espíritu ignaciano encarnado en el misionero de la Tarahumara. Esta es su dedicatoria.

Rendirte homenaje ansía
Mi corazón ese día
cantando en recio español,
lo que fuiste, Compañía,
cuando el sol no se ponía,
cuando ya se puso el sol.

El primer cuadro se desarrolla el año 1690 en tiempo de la Colonia española, y hay en él mucho amor a la Madre Patria. Por algo el autor está condecorado con

la Encomienda de la Orden de Isabel la Católica. El segundo sucede el año 1881 y respira aires de independencia juntamente con un legítimo orgullo de ser mejicano y un amor acendrado a la Virgen Guadalupe.

Ya conocíamos al P. Vértiz por algunas de sus poesías que nos habían llamado la atención por la brillante versificación; ahora con este opúsculo de más alientos, reafirma su fama de poeta elegante y sonoro.

Recomendamos esta obrita, fácilmente respetable, para actos donde se quiere exaltar a España, a México, a la Virgen de Guadalupe y a la Compañía de Jesús.—*Alfonso María Landarech, S. J.*

Antón LOETSCHER.—*Entrando en la Vida.*—Una palabra a las jóvenes cuando se despiden de la escuela. Ediciones Studium, Madrid—Buenos Aires, 1950 (20 x 15) 68 pgs.

El nuevo libro de Antón Loetscher, *Entrando en la vida*, que el autor dedica a las jóvenes cuando salen de la escuela, es otro triunfo artístico, moral y religioso de la ya afamada editorial Studium. Es un libro escrito con mucha ponderación, con mucho acierto, con gran delicadeza y que a no dudarlo, ha de servir como guía seguro y firme a toda joven que tenga la suerte de leerlo. Si al joven al salir de la escuela se le presentan problemas muy trascendentales para su vida cuya felicidad depende en gran parte, de cómo los resuelva en esta época de su vida tan importante y crucial, no son menos delicados los que a la joven se le ponen delante en esa misma época cardinal de su juventud. El joven lo mismo que ella se encuentran ante perspectivas nuevas. Sus aficiones de niños ya no les atrae. Su psicología cambia. La joven siente inclinaciones nuevas. En su cuerpo siente cambios fundamentales. Aparecen funciones de las que no tiene noción. Su cambio psicológico y somático es sustancial. Nota que ha entrado en una fase distinta de su vida. Fase muy peligrosa sino encuentra en su camino al fiel consejero o consejera, que no abundan por desgracia, para que la saque de sus dudas, para que la explique en cristiano los nuevos fenómenos que nota en su naturaleza. Las madres son las llamadas para resolver este

delicadísimo cambio. Pero tampoco abundan las buenas madres cristianas capacitadas para dilucidar estos problemas en sus hijas y para orientarlas por el recto camino. Y ahí nace el gran tormento y aflicción de muchas jóvenes cuando se encuentran ante los problemas de la vida por no haber quien les aclare sus dudas y las oriente en sus dificultades. Esta es la finalidad de este nuevo libro. En sus páginas la joven encontrará la solución a muchas cosas que a ella la preocupan y que le parecen insolubles. Se orientará con su lectura en todos los aspectos de su vida. Aprenderá a dar los primeros pasos con seguridad y acierto. Verá dónde están los peligros que la acechan. Se enterará de todo lo que una joven debe saber a su edad. Comprenderá cuál es su destino previsto por la Divina Providencia. En fin, saldrá de muchas dudas que han atormentado a las jóvenes y se orientará de manera segura por el camino de su vida. Felicitamos al autor por su acierto en la publicación de este libro y por la naturalidad y delicadeza con que ha sabido hacerlo.—*B. Muruzábal, S. J.*

CLO-BELL.—“Luz en la senda”.—Editorial “Buena Prensa”, México, 1950 (17 x 11), 5 pgs. 128.

Aquella bella expresión del Salmista: “Candil para mis pasos tu palabra—y lumbré de mi camino”, se verifica a la letra en esta diáfana y sugestiva exposición del Cristianismo, la Buena Nueva, la Palabra del Señor, de Clo-Bell. Sus epígrafes —no llegan a la dimensión de capítulos— de división de materias, son a manera de mojones o señas de caminos. No se trata de una exposición profunda y teológica de las verdades de nuestra fe. Es un relato sencillo, lleno de admiración, unción y calor de esas verdades familiares, siempre nuevas y llenas de sorpresas. El joven o la joven, o cualquier persona interesada en conocer su fe, tiene en este librito una lectura deleitosa y práctica. Leído con atención, sentirá que su vida cristiana, vivida quizá con rutina, se agranda con horizontes infinitos. “El Modelo”, “El Albacea del Testamento”, “La Extremaunción”, “El Amigo Dolor”, “La Madre”, son otras tantas verdades fundamentales —de ordinario tomadas del orin de la rutina— presenta-

das con su primitivo brillo y trascendencia, con un estilo atractivo, sencillo —como dijimos— y asequible.—*G. O.*

Juan Bautista LOHMANN, (Trad.: F. OGA-RA).—*Vida de Jesucristo*.—Editorial “Buena Prensa”, México, 1950 (17 x 12), 309 pgs.

El Evangelio es el libro imprescindible en el hogar cristiano. Evangelio es el resumen de la vida de Jesucristo N. S., hecho por los cuatro autores inspirados por el Espíritu Santo, es decir, los cuatro evangelistas. Este es el libro, o conjunto de cuatro libritos, cuya presencia en el hogar, decimos, es imprescindible.

A menudo la lectura de este divino librito ofrece, aun para las almas de buena voluntad, aparentes incoherencias, discordancias y aun contradicciones, unidas a inversiones de los hechos de la vida del Salvador, sin contar las continuas alusiones o costumbres insólitas ya en nuestra época. Este hecho —normal y aun precioso para el erudito— desconcierta a los fieles sencillos —y entre éstos incluimos a médicos, abogados, científicos de toda clase— y llega a engendrarles dudas, no ciertamente contra la fe, y en todo caso impide una comprensión integral de la vida del Salvador.

La obra que presentamos salva a maravilla estos escollos, y ofrece una vida lo más posible que se pueda entretejer, sin añadir nada de profano, de N. S. Jesucristo. Todo esto con la imponderable ventaja de ser conducidos en este trabajo no exento de dificultades por la autorizada mano de dos prestigiados maestros en la ciencia escriturística. Por esta razón recomendamos para todos esta concordia de los Evangelios, aun poseyendo ya el texto auténtico.—*G. O.*

Carlos SAMAYOA CHINCHILLA.—*Madre Milpa*.—Guatemala, 1950 (18,5 x 13), 462 pgs.

No es esto ni una recensión ni un examen crítico de “Madre Milpa”. Esa labor se la dejamos a un estudio más a fondo, que aparecerá oportunamente en ECA. Es sólo la consignación de una “experiencia” personal.

“Para este libro dió volcanes, pájaros,

flores, indios, lagos y caminos de leyenda la tierra de Guatemala". Así es: Toda la tierra de Guatemala, tierra de leyenda, charla, canta, gime y llora a través del alma de Samayoa Chinchilla. Nada más; eso es todo el prólogo y ése es todo el comentario de este poema, de este librito encantador. "Madre Milpa" se me metió por el cuarto como si hubiese abierto una ventana a un plantío de maíz en flor, a una milpa vestida de fiesta. Todo el aroma de su elotes, el murmullo de sus hojas —como susurro de indios en oración o en el monótono balbucir de sus dialectos—, el misterio de su legendaria creación invaden el alma con la lectura de "Madre Milpa". La autenticidad, la chapinidad de los personajes, la naturalidad de sus diálogos, el sencillez dramatismo de su hordimbre, delatan al escritor maestro. Donde Samayoa se supera a sí mismo, es en la descripción "de la tierra de Guatemala". Toda ella parece animada de una alma grande, apacible, infantil y trágica. Lo más saliente, a mi juicio, es, sin embargo, la conmovedora captación de la intensamente poética alma del indio guatemalteco. Con este libro, nuestro olvidado y humillado indio entra definitivamente como uno de los personajes más eminentes en el panorama de nuestra literatura. Para terminar mi impresión: algunos pasajes me parecen —especialmente para niños e incluso jóvenes— abusar del desnudo literario. Son muy pocos, en verdad: uno o dos. Otra objeción no despreciable: las infantiles mitologías indígenas son tratadas a ras con nuestra fe católica, y en algunas ocasiones casi con predilección del autor de aquéllas sobre ésta. Con nuestra felicitación más cordial, enviamos nuestro intenso deseo de que Carlos Samayoa Chinchilla, el cantor de nuestra tierra —siquiera por la necesidad de sentirla más íntimamente— encuentre, en la vida que tan vivamente vive de su —nuestra— Guatemala, la de

su, "la de su casona de la antigua", envuelta en los pliegues azul y blanco del cielo guatemalteco.—G. O.

David BRAMBILA.—*Hojas de un diario*.—Editorial Jus, México, 1950 (14 x 22), 126 pgs.

El P. David Brambila, ha echado a volar este puñadito de hojas, pocas, demasiado pocas, arrancadas no de su calendario, sino de su corazón de misionero. Si La Tarahumara no tiene aún un poema en verso, ya está aquí el primero en diez y seis estrofas, rimado con la rima del corazón.

Las enormes dificultades de esta Misión difícil entre las difíciles, van apareciendo por sus brevísimos capítulos descritos con sangre. La indolencia de la raza, minada por el diabólico "batari", el apego supersticioso a sus tradiciones, las condiciones extremadamente duras de su vida y sobre todo el influjo casi palpable del espíritu del mal, van desgarrando el corazón del misionero. A esas interminables soledades perdido en las gargantas de la sierra —a menudo para atender a un moribundo debe emprender el misionero día y aun días de duro cabalgar— debemos estas inapreciables confidencias del P. Brambila. Páginas como "Broche" —puestos a citar las podríamos citar todas— no se pueden leer sin lágrimas. Aunque el autor no lo pretende, creemos que la misionología, aun en su aspecto meramente científico, se ha enriquecido con estas páginas. Es imposible además —y esto creo que sí lo pretendió el Padre— que un joven de corazón noble no sienta despertarse en su pecho, con esta lectura, ansias misioneras. Con la felicitación más cordial al P. Brambila de tan gratos recuerdos, le deseamos un éxito editorial en beneficio de su amada misión.—G. O.

